

# LA RIBERA DEL TAJO.

ALBUM DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este Album se publica los dias 1, 8, 16 y 24 de cada mes.—El precio de suscripcion es por un mes 6 rs., tres 16 y seis 30 tanto en Toledo como fuera, remitiendo su importe en sellos de franqueo ó libranza de fácil cobro á D. Juan Bueno, calle de Belen, núm. 19.

Los señores suscritores que gusten remitir trabajos para su insercion, pueden hacerlo, siempre que estén firmados, y no sean agenos al objeto de esta publicacion, dirigiéndose á la redaccion, calle de Belen, núm. 19.

## Seccion científica.

### LOS TRES HERMANOS.

#### II.

Cuando la historia, fuente cuyos manantiales puros y trasparentes ofrecen al que quiere beber en ellos un agua cristalina; donde se reflejan las acciones buenas ó malas de los personajes que describe, está escrita con imparcialidad, por una persona que sin ódio con ninguno de los partidos beligerantes, relata solamente la estricta verdad, el ser de las cosas, y la exactitud de los hechos, entonces la historia está en su verdadero lugar, es lo que siempre fué, lo que siempre será. La expresion fiel y verídica de sucesos pasados que instruyan á las generaciones venideras, marcando los escollos que deben evitar, señalando la verdadera senda que deben proseguir: mas que por cualquier motivo la historia deje de ser una pintura fiel, el retrato fidedigno de un reinado, de una nacion entera; que se escriba esa historia por hombres que guardando en su corazon los odios enconados de un partido, que haya parcialidad, en una palabra, y entonces, el mundo venidero no acierta á descifrar lo que en aquel reinado y en aquella nacion sucedió: unos se dejan arrastrar por la opinion del historiador, á quien conceptúan hombre imparcial y desinteresado, y aumentan, y añaden, y multiplican los horrores donde ven horrores: convierten en torrentes de sangre vertida por el tirano y déspota monarca, lo que solo vieron pequeños arroyuelos, y cada vez crece mas la confusion, es mas intrincado el laberinto y mas difícil la salida. Y el personaje, que, un historiador enemigo y del bando contrario, nos presenta justiciero hasta rayar en lo cruel, en el trascurso de los siglos aparece ante nuestra imaginacion, merced á las exageraciones impremeditadas, y enconos satisfe-

chos, como un mónstruo horrible, teñido en sangre de piés á cabeza, gozando solo con la magnífica vista de cadáveres hacinados, muertos por él, y otras lindezas por el estilo. Esto respecto á los detractores. Entremos ahora en los que le defienden contra todo viento y marea, en los que cerrando los ojos á la razon, y los oidos á las voces de la verdad, hacen de él un ser justo, impecable, varon recto, probo y cristiano, y no van mas allá, hasta la canonizacion, porque no encuentran ningun santo por aquellos tiempos de su nombre, que á no ser así, no pararian sus alabanzas hasta colocarle en la mansion celestial. En esta diverjencia de pareceres, tan insultado por unos, tan aplaudido por otros, llega á los siglos venideros, convertido su carácter y sus hechos, en un verdadero geroglífico, que cuesta no pocos sudores descifrar, cuando esto puede conseguirse.

Tal es lo que ha sucedido con D. Pedro.

En lucha abierta con la nobleza de Castilla desde el momento de pisar el trono real, sin descanso un solo instante, pero sin rendirse á la fatiga, sucumbiendo en la lucha, y dejando por sucesor á su asesino, no ha llegado hasta nosotros ni un manuscrito, ni una historia, ni una crónica, que pueda llenar nuestros deseos; pues buen cuidado tendria cualquier prudente escritor, de no publicar sus verdaderos hechos, bajo el reinado del bastardo fratricida, ó durante el gobierno de sus hijos y nietos.

Solo una crónica contemporánea ha llegado á nuestros dias; está escrita por un caballero, partidario primero del rey D. Pedro, y que despues sirvió no solo á D. Enrique, sino á su hijo Don Juan I, y á D. Enrique III, el doliente; cuyas crónicas tambien ha legado á la posteridad: este cronista es D. Pedro Lopez de Ayala.

Imparcial y de recto juicio algunas veces, en otras seméjase á una nube que cubriendo por mitad al sol, por un lado llena los campos de destructor granizo, y por el otro vierte copiosos rau-

dales de luz y de alegría; por un lado salva, por otro destruye.

Escusado es decir que el mejor lugar no será el de D. Pedro.

Mil autores contemporáneos tomando á su gusto y segun la idea que tenían formada en su imaginacion de ese enigma viviente de la edad media, han sacado deducciones y aducido datos para probar aquello que deseaban probar: unos le insultaron abrumándole de glorias y virtudes, otros le han agraviado, abrumándole de crímenes y vicios: algunos le han estudiado con prolijo esmero, y nos le han presentado adornándole con sus virtudes, sin despojarle de sus vicios. Sigamos esta senda que es la verdadera, la que nos ha de guiar al fin que anhelamos.

Apenas ocupa el trono el rey D. Pedro, niño aún, sin voluntad propia, estraño á las cosas del gobierno, pues su buen padre D. Alfonso le dejara siempre para consolar á su abandonada esposa Doña María, los nobles empiezan á rebelarse, quiénes por un espíritu avieso y de malas condiciones, quiénes por enemistades con la reina madre, quiénes por desavenencias con el favorito Juan Alfonso de Alburquerque, y quiénes, en fin, por medrar, pues veían tras su rebelion un buen castillo que codiciaban hacia mucho tiempo, un señorío ó una encomienda.

Sobre este círculo de ambiciosos y rebeldes se elevaba el trono, ocupado por un niño de quince años á quien dirigia una madre llena de odio y venganza, y un noble avariento y receloso.

Tiempo es ya de que tratemos de algunos crímenes que dan un tinte sangriento y horrible á la caballeresca figura histórica del rey que nos ocupa.

Al defenderle no tratamos de sacar ileso y puro su nombre del anatema que la historia le ha lanzado: desaciertos y errores cometió, como desaciertos y errores cometieron los reyes que le antecedieron y han cometido todos los que le han sucedido: como simple mortal podia pecar y pecó infinitas veces, muchas de ellas en otros tiempos y mejores circunstancias, quizás hubiera obrado con mas acierto.

La primera gota de sangre que arrojan sus detractores sobre la pura frente del niño rey, es la de la célebre Doña Leonor de Guzman, la favorita, mejor dicho, la verdadera reina de Castilla en vida de D. Alfonso.

Examinemos las razones que hubo para ejecutarse aquel crimen.

Hay en primer lugar una reina que pierde su dignidad, y en lugar del brillo y esplendor de la córte, encuentra el frio y solitario salon de un alcázar réjio abandonado: una esposa, que ama con fervor y se vé despreciada por una manceba:

una madre, que vé á su hijo lejítimo olvidado y sin ocupar el rango que por su nacimiento le corresponde y en cambio contempla á otros hijos del crimen y de la mancebía brillar en la córtes y ser tenidos como verdaderos infantes. ¿Qué mas justo, que cuando la reina, la esposa y la madre se encuentra en ocasion de vengarse de la que á tan mal estado la redujo, dé rienda suelta al furor y mande á su escudero á la prision de su rival, por su autoridad, por cuenta propia y sin parecer ni orden de nadie la dé la muerte? Mil hechos de estos refieren las historias de todos los paises, de todos los tiempos, desde que el mundo es mundo.

Hay luego una multitud de perversos ricos-homes, que atizan los odios de aquella reina ultrajada y la animan á la venganza... Doña María de Portugal les escucha plentera, porque sus consejos alhagan á las ideas de venganza que en su corazon dominan, y en un momento de exaltacion manda á Alfonso Fernandez de Olmedo á la prision de la antigua favorita Doña Leonor, y la asesina, vengando de este modo los desprecios del esposo, los desdenes del amante y el odio del padre. Puede decirse que el asesinato de Doña Leonor fué una tragedia que principió en el momento de enamorarse de ella el rey Alfonso, y que terminó en la lóbrega prision de Talavera.

Este crimen tan notable, en el que ninguna intervencion tuvo el jóven rey, crimen preparado por el mismo Alfonso onceno, llevado á cabo por su esposa, y ayudada por los grandes de su partido, es el primero que atribuyen á D. Pedro. Lo espresado anteriormente basta á demostrar cuan poco razonada es esta acusacion, pues él entonces, subyugado por Alburquerque, y su madre, solo reinaba en nombre; además que en este crimen solo debe verse una venganza mucho tiempo hacia premeditada, y que las circunstancias hicieron entonces realizable. Cúlpese á D. Alfonso por sus acciones; cúlpese á la reina Doña Maria por sus celos y odio; cúlpese á serviles favoritos y revoltosos ricos-homes; pero quede libre de tal mancha quien no tuvo en tal delito la menor participacion, quien acaso lo ignoró hasta despues de haberse ejecutado.

En artículos siguientes seguiremos con mas detencion, pues tiempo esperamos tener para ello, la noble tarea que hemos emprendido, de esclarecer la verdad, ahogando ante sus purísimos reflejos la perfidia y la calumnia.

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

## Seccion literaria.

## UN SUEÑO DE MI BARBERO.

Las sonoras vibraciones de un relój de pared que anunciaban las once, me hicieron abandonar precipitadamente el lecho en una apacible mañana de otoño; tenia con precision que escribir algo con que poder llenar siquiera cinco columnas del periódico *La Ribera del Tajo*, y me habia dormido.

Vestíme presuroso y papel en mano y pluma en ristre me dispuse á llevar á cabo mi tarea, pero todos mis esfuerzos fueron vanos; agolpábanse en mi imaginacion un confuso tropel de nombres, fechas, épocas y hechos, y de todo aquel inmenso caos, no podia coordinar una idea fijado en la cual pudiese salvar mi responsabilidad.

Por último, despues de rascarme la frente y roerme las uñas en busca de recursos, viéndome reducido al último extremo, resuelto á declararme en quiebra, saqué de mi petaca un cigarro y arrellanándome cómodamente en un sofá, traté de olvidar mi compromiso, contemplando las caprichosas espirales que formaba en el vacío la azulada columna de humo que partía de mis labios.

En este estado y cuando ya ajeno á todo me iba encontrando casi satisfecho de mí mismo, una voz asáz conocida vino á turbar mi paz; esta era la de mi barbero, mozo vivaracho, de negros ojos, acicalado, decididor sin segundo y galanteador sempiterno, charlatan, como todos los del gremio, salvo alguna rara escepcion.

Este, por la antigua amistad que le une conmigo, tiene la costumbre de invadir mi casa á guisa de plaza ganada por asalto.

—Buenos dias, amigo N., me dijo, acompañando este saludo con su lijera sonrisa y una pequeña inclinacion de cabeza.

—Muy buenos maese Conchillos, le respondí un tanto amostazado. No os estrañe carísimas lectoras, y me dirijo al sexo femenino porque me gusta en todo preferir á las señoras, que lleve mi barbero semejante nombre; nombre que en el siglo del vapor y de la electricidad está abolido, pero que por cierta aventura parecida á las del amanuense de Gil del Arco, escribano que tan bien caracteriza el fecundo escritor Sr. Fernandez y Gonzalez en su Martin Gil, le aplicó un íntimo amigo nuestro, *de quien nunca nos separamos, y á quien deseamos toda clase de felicidades.*

—Parece, continuó, que estás disgustado.

—Si, le dije, tengo un humor de los diablos,

me veo como se dice luego entre la espada y la pared, tengo que escribir un artículo para el periódico y por mas vueltas que doy á mi imaginacion ni un pensamiento siquiera puedo coordinar.

Siguióse á esto un momento de silencio, durante el cual, despues de las preliminares operaciones de colocarme el paño, bañarme y dar la indispensable media docena de vueltas á la navaja me empezó á afeitarse.

—Vamos maese, qué hay de guerra, cuéntame algo. ¿Qué me dices de los insultos que tan bárbaramente nos infieren los venales escritores ingleses, temerosos de que rompamos las hostilidades en Marruecos?

—Nada sé, hace dias que no veo periódico alguno, pero puesto deseas que te diga algo, voy á referirte un sueño que he tenido que por lo original creo podrá entretenerte un rato.

—Veamos, querido, veamos, le dije prestando suma atencion.

—Anoche, serían las once cuando despues de asistir á la representacion de los Magyares, á pesar de que en mi pobre juicio, creo que esta como todas las zarzuelas, son una de las mil cosas que en el siglo de las luces agradan, y por las que creo no formarán muy buena idea de nuestro criterio las gentes venideras, me retiré á casa; la vista de aquel espectáculo, y el parangon hecho por mí del noble porte de los bravos hijos de la Ungría en aquella época, con el papel que les hemos visto desempeñar en la reciente cuestion de Italia, despertó en mi mente una porcion de ideas embebido en las cuales me quedé profundamente dormido; pero es el caso, que en lo mas dulce de mi sueño sentí un ruido estraño en la puerta de mi dormitorio, y mudo de espanto miré entrar por el agujero de la cerradura una lejion de enanos, duendes y brujas, de todos tamaños, clases y cataduras. A la vista de aquella falanje estrambótica, para mí mas temible que los batallones de zuavos para los austriacos, oculté mi cabeza entre las ropas de mi cama, pensando hallar así seguridad contra aquella invasion, pero todo fué en vano.

La madre Celestina, generala en jefe de aquellas haces, despues de formarlas en semicírculo en derredor de mi lecho, se acerca, levanta con su descarnada mano, parecida á un manojo de sarmientos, mi ropa, y asiéndome de un brazo esclama:

—Ignorante mortal, tú que te crees bastante conocedor del corazon humano, alza y escucha. Una fuerza irresistible me obligó á dejar con pesar mio la cama. Voy á hacerte ver, continuó, que tú como todos los que forman esa pleyada de sábios que abundan en los presentes tiempos, no alcánzais á ver mas allá de vuestras narices, voy

á hacerte conocer que todo cuanto creéis es una mentira, y á demostrarte el corazón de los hombres, separando, para que puedas apreciar mis observaciones, el velo de hipocresía que les cubre; y uniendo la acción á la palabra, trazó con una varita que llevaba en la mano un gran círculo en la pared, pronunció unas frases que no entendí, y aquel círculo quedó instantáneamente convertido en un espejo, en cuya luna, después de contemplar maravillado la no reproducción de mi imájen á pesar de estar colocado delante, vi clara y distintamente los hombres y las cosas tal y como te lo voy á referir.

—Ves, me dijo, señalando el centro de la esfera, aquel caballero grueso de continente grave y mesurado paso, le has visto cuán devotamente se quita el sombrero ante la imájen de aquel Cristo, que alumbrado por un mezuquino farolillo, se encuentra colocado como otros mil en las calles más sucias de la antigua ciudad de los Concilios, y reza y se dá golpes de pechos, y lleva el pendon en la procesion de su parroquia, poniendo en el átrio de la iglesia, y sentado en la mesa de la rifa cedulitas á la rosca y á los demás juguetes con que allí se *comercia* y no falta á los ejercicios, echando limosna á todos los comisionados de las cofradías y hermandades, que bandeja en mano y en número fabuloso acompañados de su indispensable tambor y clarín y alguna que otra vez de un pito, invaden las plazas y aporrean las puertas, comprometiendo al prójimo é incomodando con su desagradable ruido á los pacíficos vecinos. Tú al verle así, le crees un dechado de honradez y un modelo de virtudes, pues te engañas, ese hombre á quien tú crees se debía canonizar, es un prestamista *que remedia las necesidades de los pobres* exigiendo un noventa por ciento, y bajo esa capa de santidad que ostenta, habitan el egoísmo y la mala fé.

—Ves aquella jóven de cabellos de oro y de ojos de cielo, la ves cuán humilde aparta su vista de la alegre muchedumbre que inunda la calle, la ves cuán indiferente contempla á pesar de sus diez y ocho primaveras las fiestas y los placeres; su familia y sus amigos sienten que lleve á cabo el pensamiento que ha enunciado de encerrarse en un cláustro, por eso desdeña las galas, por eso ella que antes gastaba horas enteras en su *toilette* estudiando sonrisas con que agradar, miradas con que fascinar, y viendo el efecto que producía entre sus rubias trenzas un elegante prendido ó una caprichosa combinacion de flores, mira ahora con la mayor calma, con el mayor desden, sus mejores trajes, sus más bellos adornos; tú al ver su tranquilidad, al escuchar de sus lábios el proyecto de su profesion, creerás que una verdadera vocacion, que una resolucion me-

ditada, la mueven á consagrarse á Dios, dejando para siempre la corrompida sociedad, pero te engañas: su alma no siente lo que dice su boca, su empeño decidido por huir del mundo, no es dictado por una natural inclinacion, le dicta su desesperacion, su desmedido orgullo: le dicta su amor propio herido por un amargo desengaño; pero no creas que á pesar de todo, ella renuncia de verdad las fiestas y los placeres, no creas que llevará á cabo lo que anuncia; en el momento que otro hombre murmure á su oído alguna amorosa frase, alguna flor de esas que en un paseo ó en un baile se prodigan con tanta frecuencia, sus ideas religiosas se desvanecerán como el humo, su indiferentismo y apatía volverán á trocarse en coquetería y solicitud, y la verás de nuevo colocada ante su espejo, estudiar maneras y ensayar acciones.

.....

—Ves aquel hombre ó guarda canton, que á guisa de puntal sostiene aquella esquina, fija la vista en las verdes persianas del balcon de la casa de enfrente, le ves como se arregla la corbata, se estira el chaleco, atusa su mostacho y tararea, silva y fuma, para hacer más llevaderas las horas que pasa de eterno planton; pues ese ente es un novio; te estrañará verle con el paraguas cerrado y aguantando la lluvia que le echa á perder su sombrero; pero lo hace con el objeto de que los papás de su adorado tormento no se aperciban de su presencia por el ruido que hace la lluvia al azotar aquel incómodo trasto. No creas, ese tonto de capirote, sufre con placer todas esas molestias acompañadas de alguna que otra pulla de los transeuntes y con tal ó cual cascarazo que le larga desde la ventana de su cocina alguna picaresca fregatriz, porque cree de todo corazón el amor que le pinta la señora de sus pensamientos, que muy alegre y al amor de la lumbre de la estufa, pasa las horas que el infeliz sufre en la calle muerto de frío, en amable conversacion con un oficialito que visita su casa.

.....

—Ves..... Aquí llegaba de mi sueño, cuando las fuertes vibraciones de una esquililla me hicieron despertar, impresionado todavía con las escenas que durante toda la noche habia presenciado, abrí los ojos, y cuál fué mi alegría al encontrarme en mi misma cama y libre de aquel enjambre estrambótico; respiré, y ya me iba convenciendo de que hasta el ruido de la campanilla habia sido una ilusion, cuando sus sonoros ecos me hicieron dudar de si estaba soñando todavía; deseando poner término á la duda, me arrojé del lecho y

presuroso abrí el balcon de mi alcoba, allí encontré la luz que deseaba; un hombre colocado en medio de la calle ajitaba haciendo sonar con fuerza el susodicho instrumento, y á voz en cuello y con una entonacion nada agradable, cantaba las siguientes coplas:

*Al rosario de la Aurora tocan  
Dices que estás malo y no puedes ir,  
Si fuera á una buena comedia  
Tú te levantarás é hicieras por ir.  
El demonio como es tan travieso  
Tiró una pedrada y rompió un farol  
Y salieron los frailes Franciscos  
Y le conjuraron en un callejon.*

Conjurado no, empalado te habias de ver tú, grité lleno de ira, alborotador maldecido, asusta chiquillos: concluir te haria yo tu canto, como la fiesta que anuncias; y lanzando mil imprecaciones contra las estrañas costumbres que se conservan todavia en nuestra bendita Toledo, cerré mi balcon y volvíme á la cama; eran las tres de la mañana.

Terminó de hablar mi barbero al mismo tiempo que de afeitarme, recojió sus trastos y despues de un apretón de manos y un saludo, salió de mi habitacion; al verle desaparecer, dije para mis adentros, me has salvado maese, me has salvado, y sobre la marcha escribí lo que llevas leído, caro lector, consiguiendo de este modo cubrir mi compromiso y llenar las cinco columnas del periódico.

JULIAN CASTELLANOS.

---

## Poesías.

---

### EL PRIMER AMOR.

LEYENDA ORIGINAL.

I.

DON RODRIGO.

En tiempo de Alfonso octavo,  
Aquel monarca guerrero  
Que en diferentes combates,  
Y al frente de un corto ejército,  
Hizo humillar la cervíz  
Al moro fuerte y soberbio,  
Don Rodrigo de Aguilar  
Era de los caballeros  
Mas apuestos y gallardos  
De la ciudad de Toledo;  
El Adonis de las damas,  
La envidia de los mancebos  
Y el terror de los maridos  
Por sus locos devaneos.  
Y diz que muchas hermosas  
Cuando sienten desde lejos  
El trote de su caballo,  
Que es tan velóz como el viento,  
Salen á las celosías

Con recato y con misterio,  
Y al contemplar del ginete  
La arrogancia y talle esbelto,  
A una esperanza de amor  
Abrigo dan en el pecho.  
Mas ¡ triste de la que admite  
De Rodrigo los obsequios  
Y guiada solamente  
Por un amor puro y tierno,  
Se fia de sus promesas  
Y continuos juramentos!  
Que en los brazos del galán  
Ha de caer sin remedio,  
Y despues de envilecida,  
Para mayor desconsuelo,  
Entregada se verá  
Al olvido y al desprecio.  
Y si tan graves ultrajes  
Vengar quiere algun mancebo  
Y al temible Don Rodrigo  
Llega á proponer un reto,  
En la demanda perece  
Por tan noble atrevimiento;  
Porque sabe manejar  
Con tal destreza un acero  
Don Rodrigo, y es tan grande  
Su valor al mismo tiempo,  
Que anonada á su enemigo,  
Aunque sea muy sereno;  
Y está tan acostumbrado  
A los lances de este género,  
Que es raro el día que pasa  
Sin verificar un duelo,  
Al paso que siempre queda  
Victorioso en todos ellos.  
Por eso todos le temen,  
Todos le tienen respeto,  
Y aunque les conste á las damas  
Que es inconsecuente y pérfido,  
No pueden menos de amarle,  
Porque diz que en aquel tiempo  
Don Rodrigo de Aguilar  
Era de los caballeros  
Mas apuestos y gallardos  
De la ciudad de Toledo.

Entre las muchas hermosas  
Que en conquistar puso empeño,  
Una halló, que indiferente  
Se mostró á sus galanteos,  
Conocida en la ciudad  
Por su ilustre nacimiento,  
Siendo tambien la mas bella  
De todas las de su sexo.  
Era Doña Inés de Luna,  
La de los rubios cabellos,  
La de los ojos azules  
Y la de nítido cuello.  
Cándida niña inocente,  
Ánjel hermoso del Cielo,  
Hermosa como las sílfides  
Que el amor nos pinta en sueños.  
Y aunque siempre Don Rodrigo,  
Valiéndose de mil medios,  
La dió á entender la pasión  
Que él abrigaba en su pecho,  
En la hermosa Doña Inés  
Halló un continuo despego,

Siendo esto bastante para  
 Convertir en tierno afecto  
 Aquello que en un principio  
 Solo fuera un loco empeño.  
 Y á tal extremo llegó  
 El delirio del mancebo  
 Que queriendo á Doña Inés  
 Poseer á cualquier precio,  
 Por esposa la pidió,  
 Con entusiasmo y anhelo,  
 A Don Gonzalo de Luna,  
 Padre de un ángel tan bello.

(Se continuará.)

MATEO CASADO Y REAL.

## LA VUELTA DE ALHAMAR.

Entre acacias y naranjos  
 En la vega granadina,  
 Junto á una suave colina  
 Que riegan Darro y Genil,  
 Cual un nido de palomas  
 Escondido en la espesura,  
 De elegante arquitectura  
 Se alza una casa gentil.

Frescos cármenes floridos,  
 Ciñéndola dulcemente,  
 Embalsaman el ambiente  
 Con perfume embriagador,  
 Y en las copas verdecidas  
 De sus altos limoneros  
 Lanza trinos placenteros  
 El pintado ruseñor.

Junto á un saltador de mármol  
 Que cercan rojos claveles,  
 Al que prestan dos laureles  
 Sombra y encanto á la par,  
 Una niña seductura  
 De una guzla acompañada,  
 Con voz dulce y delicada  
 Al viento dió este cantar.

Auras que vertiendo olores  
 A las flores  
 Dulces besos regalais,  
 Y en la verde primavera  
 La pradera  
 Con blando aliento animais.

En vuestras alas cargadas  
 Perfumadas  
 Con acacias y azahar,  
 Llevad mis ayes dolientes  
 Dilijentes  
 Do se encuentra mi Alhamar.

Decidle que el alma mia  
 Loca ansía  
 Su frente tostada yer;  
 Y en su fogosa mirada,  
 Estasiada,  
 Amor y dichas beber.

Que dé reposo á la lanza  
 Sin tardanza  
 Y al fatigado alazan,  
 Y á gozar blandos abrazos  
 En mis brazos  
 Vuele con rápido afan.

Que abandone el campamento  
 Y el duro casco y la malla,  
 Y no escuche el ronco acento  
 Que dán las trompas al viento  
 En la revuelta batalla.

Que es mas hermoso en plática de amores  
 Del tilo verde á la tranquila sombra,  
 Prestándonos el césped verde alfombra  
 De la aurora admirar los resplandores,  
 Y sentir el murmullo de la fuente  
 Que suspira entre flores dulcemente.

Y escuchar en la enramada  
 La graciosa melodía  
 Con que el ave enamorada,  
 Con cántica apasionada  
 Cuenta sus penas al dia.

Y admirar en la pradera  
 El perfume de las flores,  
 Que gallarda y hechicera  
 Pinta de vivos colores  
 La risueña primavera.

Cesó el canto de la hermosa  
 Al ver cruzar la llanura  
 Con arrogante apostura  
 Envuelto en blanco alquicel  
 A un bizarro caballero,  
 Que con rostro polvoroso  
 Galopaba presuroso  
 Sobre un ardiente corcel.

Un ¡ay! llena de gozo  
 La niña lanza,  
 Que es su amor el ginete  
 Que ufano abanza,  
 Y en el momento,  
 Olvida sus pesares  
 Y su tormento.

El al mirarla de pasión henchido  
 Del fogoso alazan salta al instante,  
 Y á su encuentro corriendo conmovido  
 En sus brazos la estrecha delirante;  
 Suspiros mil exhala comprimido  
 De gozo y de pasión su pecho amante,  
 E imprime en los corales de su boca  
 Un ósculo de amor con ansía loca.

JULIAN CASTELLANOS.

**AL ÁFRICA.**

Cancion.

Ha llegado el momento precioso  
De mostrar cada cual su valor,  
Colocando el pendon victorioso  
En las torres del torpe traidor.

Orgullosos, con bárbaro encono  
Insultaron el trono español,  
Y ahora quiere brillar ese trono  
Aún mas puro y luciente que el sol.

¿Hay alguno que sordo á sus voces  
Presuroso no acuda á la lid,  
A mostrar á esos hombres feroces  
Que aún alientan los hijos del Cid?

Imposible, jamás dejenera  
Ningun pueblo que supo luchar,  
Cuando quiso nacion extranjera  
Tan impune y villana triunfar.

No hay partidos, feliz la victoria  
Ya despunta del mundo á la fáz,  
Y la España se inunda de gloria  
Que disfruta en benéfica paz.

De qué importa la turba insolente  
Que allí grita en fatal confusion,  
Si al mirarnos los dos frente á frente  
Huye de ellos la fé y corazon!

¡Sús, guerreros! al África vamos  
Y unos de otros lidiemos en pos,  
Por la patria valientes luchamos  
Defendiendo la causa de Dios.

Al sentir de la España el embate  
Los verán temerosos lidiar,  
¡Hurra pues! nos espera el combate:  
Español, á morir ó triunfar.

GABRIEL BUENO.

**Letrilla.**

El que la echa de aguerrido  
Con la pistola y el sable,  
Cuando no hay nadie que hable,  
Ni se dé por ofendido,  
Pero que se larga al trote  
Cuando observa que un garróte  
Pone á su hablar cortapisa,  
*Me dá risa.*

La que vá contrita al templo,  
Y en su afán extraordinario

Pasa y repasa el rosario,  
Dando de piedad ejemplo,  
Y luego en paseo, coqueta,  
A nada y nadie respeta,  
Siendo el *brillar* su divisa,  
*Me dá risa.*

La niña que vierte llanto  
Porque quince abriles cuenta  
Y ni un novio se presenta  
Que remedie su quebranto,  
Y desde reja y balcones  
Ayes y lamentaciones  
Manda á la lijera brisa,  
*Me dá risa.*

El pobre que enamorado  
Está de su esposa, y loco,  
Cuando á ella la importa poco  
El ente que lleva al lado;  
Y en alas de impuro amor  
A su amante dá una flor,  
Y un callo al marido pisa,  
*Me dá risa.*

El hombre, que á amor extraño,  
Pone todo su querer  
En la voluble mujer,  
Y al conocer el engaño  
En cólera airado monta,  
Y la llama infiel, y tonta,  
Mientras su vigote alisa,  
*Me dá risa.*

Me rio de una jamona  
Rancia, que rebusca amores,  
De pollos, de aduladores,  
De niña tontita y mona:  
Y hasta el quijote pedante  
Que bajo el frac elegante  
Oculto rota camisa,  
*Me dá risa.*

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Madrid 21 Octubre, 1859.

**Noticias varias.**

**ES VENTAJOSO.** El Sr. D. Jaime Merelo, profesor de esgrima, ha abierto academia en esta ciudad calle del Hombre de Palo, núm. 4 moderno: ofrece asistir tambien á casas particulares y corporaciones por honorarios económicos; la utilidad del arte y la perfeccion con que nos consta le ejecuta, le hacen acreedor á que concurren á aprovecharse de esta ventajosa ocasion los que quieran instruirse en tan beneficioso estudio para la defensa del hombre.

**DESGRACIA.** En la noche del domingo 6 del actual, al retirarse de caza un armero de esta capital que vive calle de Obra Prima, á la puerta misma de su casa y al castigar á su perro, se le escapó el tiro de la escopeta hiriéndole mortalmente: el infeliz tiene bastantes hijos y en su mayor parte de cortísima edad segun creemos, por lo que sería una desgracia deplorable el que falleciera dejando tan numerosa

prole. Unamos todos nuestros ruegos al Altísimo porque conserve la vida á este desventurado padre.

**TAMBIEN NOSOTROS.** Imitando el ejemplo de otras provincias, y dando pruebas de amor patrio, el Alcalde constitucional de esta capital invitando á algunos jóvenes aficionados á la declamacion, tienen dispuesta una funcion para ejecutarla en el Teatro principal y lo mas pronto posible, para beneficiar sus productos á la guerra de África; se pondrá en escena la linda comedia en tres actos y en verso *Trampas inocentes*, una loa improvisada y escrita espresamente para las circunstancias actuales por jóvenes de esta ciudad, nominada, *España y Africa: la Gallegada* por dos niñas de esta poblacion, y la graciosa pieza en un acto, nominada, *El Padrino á mojicones*.

**TEATRO.** El lunes segun anunciamos en la anterior revista, se estrenó la interesante zarzuela del Sr. Rubí, música del señor Arrieta, *La Hija de la Providencia*; solo el Sr. Campoamor, en nuestro concepto, estuvo bien en el D. Alvaro de Toledo, son muy dramáticas todas las escenas y es algo difícil su ejecucion; el Sr. Olave en la primera salida bastante regular, la concurrencia numerosa y escojida: el jueves se repitió, y como la noche anterior, podemos asegurar que es la zarzuela de mejor argumento que hemos visto. El sábado se ejecutaron la piececita en un acto *Dos en uno* y las zarzuelas *Los dos ciegos* y *El último mono*.... las cuales no pudimos ver y lo sentimos. El domingo se puso con el buen éxito de siempre *El Sarjento Federico*, y no escasa concurrencia, y anoche se estrenó en este Teatro *La Cisterna Encantada*, de la que no tenemos tiempo de ocuparnos.

Sabemos que nuestro amigo el Sr. Ludeña lleva en muy buen estado el telon de rompimiento que ha de acompañar al salon réjio que tenemos: ha imitado perfectamente las tintas del Sr. Orozco y parecerá uno y otro como hecho por una misma mano. Muy en breve tendremos el gusto de verle concluido.

L. S. DE LA CUERDA.

## Variedades.

### SÍMILES.

- ¿En qué se parecen las piernas de un elegante, con calzón ajustado, á las patas de un alcaraban?  
 —En que son imperceptibles.  
 —¿En qué se parece un cojo á otro cojo?  
 —En que los dos lo están.  
 —¿Y ciertas niñas que pasean en Zocodover á la campana gorda?  
 —En lo huecas.

### APÓLOGOS.

Por insultar Perico á su Simona  
 A boca llena la llamaba mona;  
 Por ofender Simona á su Perico  
 A voz en cuello le llamaba mico.  
 Ni él se quejaba, ni ella lo sentia;  
 Que ella dijo verdad, y él no mentia.

La linda Inés casó con Agustín  
 Que es jorobado, tuerto, cojo y ruin.

¿Cómo á tan horrorosa criatura  
 La bella Inés amor eterno jura?  
 ¡El Señor Don Dinero  
 Es hoy el mas hermoso caballero!

F. DE P. VELAZQUEZ Y LORENTE.

Cesante se encontraba Don Balbino  
 Y era amigo del pobre Celestino:  
 Mas al fin colocarse consiguió  
 Y al pobre Celestino despreció.  
 Esto quiere decir, que en tiempo de higos  
 No se suele mirar á los amigos.

JULIAN CASTELLANOS.

## EPÍGRAMAS.

Viniendo ayer muy contento  
 Antonio con su mujer,  
 Vieron un toro correr  
 Y él se asustó en el momento.  
 Ella sin mostrar disgusto  
 Dijo apuntando á su frente:  
 «Tantos cuernos miro enfrente  
 Que ya de esos no me asusto.»

Contaba un cuento á Leonor  
 Y con él mucho reja,  
 Porque era enredo de amor.  
 Y al llegar á lo mejor....  
 Nos hizo parar su tia.

El soldado Luis Pastor  
 Sin cesar gasta y regasta,  
 Y aunque tanto el pobre gasta  
 No ha llegado á gastador.

GABRIEL BUENO.

## SOLUCION Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Ví en la venta una mañana  
 Rica nata en fuentes cien,  
 Cuando uno me dijo ven  
 Asómate á esta VENTANA.

Un suscriptor.

## CHARADA.

Primera y cuarta componen  
 El nombre de una mujer.  
 Con la tercera y la cuarta  
 Otro se forma tambien,  
 Y mis tres sílabas últimas  
 Son de muy grande interés  
 Para aquellos centinelas  
 Que están fuera del cuartel.  
 Segunda y cuarta en la casa  
 Las verás mas de una vez,  
 Y mi todo, finalmente,  
 Es un nombre de mujer.

MATEO CASADO Y REAL.

Editor responsable, D. Juan Bueno.

TOLEDO: 1859.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,  
 Aneha, 34, y Nuncio Viejo, 11.